

GUSTAVE FLAUBERT

El hombre-pluma
(Selección de cartas a Louise Colet)



GUSTAVE FLAUBERT

El hombre-pluma

(Selección de cartas a Louise Colet)

TRADUCCIÓN DE ASCENSIÓN CUESTA





Croisset, noche del sábado
[20 de septiembre de 1851]

Querida amiga, salgo hacia Londres el próximo jueves. Me llevaré tus cartas y te escribiré a mi regreso lo que haya hecho por ti. No sé en realidad por qué iré a ver a Mazzini;¹ si tienes algún encargo para él lo haré con gusto.

Ayer por la noche empecé mi novela. Atisbo ahora dificultades de estilo que me asustan, no es poca cosa ser sencillo. Me da miedo caer

1. Giuseppe Mazzini (1805-1872) fue un político y periodista italiano que bregó por la unificación de Italia. (*Todas las notas son de la traductora.*)

en lo de Paul de Kock² o escribir como un Balzac «chateaubrianizado».

Me ha dolido la garganta desde que volví. Mi vanidad pretende hacer creer que no es de cansancio y creo que tiene razón. ¿Y tú qué tal estás?

En este momento ando muy ocupado con una tarea momentánea que ya te contaré después.

Adiós, querida Louise, te beso en el cuello blanco. Un beso largo para ti.

2. Charles Paul de Kock (1793-1871) fue un novelista y dramaturgo francés.



[Croisset] Noche del sábado
31 de enero de 1852

Le he escrito una carta a Henriette Collier en la que le insisto en que se ocupe cuanto antes del Álbum y, si no puede deshacerse de él dignamente, de la totalidad o de una parte, que me lo envíe por correo a Croisset. La carta ha salido.

Semana mala. El trabajo no ha ido bien. Había llegado a un punto en el que no sabía demasiado qué decir, todo eran matices y sutilezas en las que ni yo mismo veía apenas nada, y es harto difícil expresar claramente con palabras

lo que todavía está oscuro en el pensamiento. He esbozado, estropeado, chapoteado y dado palos de ciego. Quizá ahora sepa dónde estoy. ¡Ay!, cuánto de bribón tiene el estilo. Creo que no te imaginas de qué clase es este libro. En la misma medida en que soy desaliñado en mis otros libros, en este trato de ir abrochado y de seguir una línea recta geométrica. Nada de lirismo ni de observaciones, ausencia de la personalidad del autor. Será triste de leer; habrá cosas atroces de miseria y de fetidez. Bouilhet, que vino el domingo pasado a las tres, cuando acababa de escribirte mi carta, cree que he acertado en el tono y espera que sea bueno. ¡Que Dios lo oiga! Pero está tomando proporciones bárbaras en lo que se refiere al tiempo. No cabe duda de que, de ninguna forma, habré acabado a comienzos del próximo invierno. No hago más de cinco o seis páginas a la semana. [...]

¿Te interesa entonces el bueno de *San Antonio*? Que sepas que me mimas con tus elogios, pobre querida mía. Es una obra fallida. Hablas de perlas, pero no hacen las cuentas el collar, sino el hilo. En *San Antonio*, fui yo mismo San Antonio, y lo he olvidado. Es un personaje por hacer (que no es dificultad pequeña). Si hubiese para mí algún modo de corregir ese libro, estaría muy contento, pues puse mucho en él, mucho tiempo y mucho amor. Pero no se maduró lo suficiente. Al haber trabajado mucho los elementos materiales del libro, quiero decir la parte histórica, me imaginé que el guión estaba ya hecho y me puse manos a la obra. *Todo depende del plan*. No lo tiene *San Antonio*; la deducción de las ideas, seguida estrictamente, no tiene en absoluto su paralelismo en el encadenamiento de los hechos. A pesar de los muchos andamiajes dramáticos, lo dramático falta.

Me auguras futuro. ¡Cuántas veces he caído al suelo, con las uñas ensangrentadas, las costillas rotas y zumbidos en la cabeza, después de haber querido escalar a pico esa muralla de mármol! ¡Cómo he desplegado mis alitas! Pero el aire, en vez de sostenerme, me pasaba a través, y entonces, al caer rodando, me veía en los lodos del desánimo. Un capricho irreprimible me empuja a volver a empezar. Iré hasta el final, hasta la última gota de mi cerebro exprimido. ¿Quién sabe? El azar tiene sus golpes de suerte. Con un recto sentido del oficio que se ejerce y una voluntad perseverante se llega a lo meritorio. Me parece que hay cosas que yo solo siento y que otros no han dicho y que puedo decir. Ese lado doloroso del hombre moderno, que tú observas, es fruto de juventud. Pasé una buena parte con el pobre Alfred.⁸ Vivíamos en un invernadero

8. Se refiere a su amigo Alfred Le Poittevin, que nace en Rouen el 29 de septiembre de 1816 y muere en La Neuville-Chant-d'Oisel el 3 de abril de 1848, poeta y abogado.

ideal en el que la poesía nos caldeaba el fastidio de la existencia a 70 grados Réaumur. ¡Aquel sí que era un hombre! Jamás he hecho viajes así a través de los espacios. Íbamos lejos sin dejar el rincón de nuestra chimenea. Subíamos alto, aunque el techo de mi habitación fuese bajo. Hay tardes que se me han quedado grabadas, conversaciones de seis horas seguidas, paseos por nuestras laderas, ¡y hastíos a dúo, hastíos y hastíos! Todos esos recuerdos que me parecen de color bermejo y que flambean detrás de mí como incendios.

Me dices que empiezas a entender mi vida. Habría que conocer sus orígenes. Algún día escribiré sobre mí muy a mis anchas, pero entonces ya no tendré la fuerza necesaria. No tengo ante mí otro horizonte que no sea el que me rodea en lo inmediato. Me veo como si tuviera cuarenta años, como si tuviera cincuenta, como si tuviera sesenta. Mi vida es un engranaje montado que

gira de forma regular. Lo que hago hoy lo haré mañana y lo hice ayer. Fui el mismo hombre hace diez años. Ha resultado que mi organización es un sistema; todo sin que haya una toma de postura de uno mismo, por la inclinación de las cosas que hace que el oso blanco viva en el hielo y que el camello camine por la arena. Soy un hombre-pluma. Siento por ella, a causa de ella, con relación a ella y mucho más con ella. A partir del próximo invierno verás un cambio visible. Pasaré tres inviernos desgastando algunos esarpines. Después volveré a mi guarida en donde reventaré sombrío o ilustre, manuscrito o impreso. Sin embargo, en el fondo hay algo que me atormenta, el desconocimiento de mi medida. Este hombre que se dice ser tan tranquilo está lleno de dudas sobre sí mismo. Querría saber hasta qué cota puede subir y la potencia exacta de sus músculos. Pero es muy ambicioso pedir eso, pues quizá el genio no sea sino el

conocimiento exacto de la propia fuerza. Adiós, mil besos desde el hombro hasta la oreja. Guarda todos mis manuscritos. Te llevaré *La Bretagne* yo mismo.

Tuyo.